

KATARZYNA SOBONIAK

Universidad de Silesia

Políticas de género en *El beso de mujer araña* de Manuel Puig

ABSTRACT: Gender politics in *The Kiss of the Spider Woman* by Manuel Puig

The objective of the present work is to study the constructions of sexual identities that are found in *The Kiss of the Spider Woman* by Manuel Puig. In order to clarify this concept, it is important to contextualize the book in its period, its area of political conflicts that were present in Argentina in the 70s, as well as in the significantly phallic-centered society. Subsequently, through the use of dichotomies, the text will analyze the problem of the rigidity of the binary logic and, at the same time, will present new forms of gender-sexual constructions. Finally, this article will investigate the notion of homosexuality as a transgressive practice that questions the hegemonic discourse of heterosexuality seen and understood as the only legitimate orientation.

KEY WORDS: Manuel Puig, gender, sexuality, heterosexual hegemony, politics.

Como es bien sabido, la filosofía política liberal seguía fiel y consecuentemente a los conceptos proclamados por Jean-Jacques Rousseau, que subrayaban la división estricta de la existencia humana entre lo político y lo privado. La abolición de este dualismo ha constituido, y sigue constituyendo, el objetivo fundamental de la lucha feminista y de otros movimientos emancipatorios. Indudablemente, uno de los medios más determinantes para abordar dicha cuestión ha sido la aproximación artística, y en particular la producción literaria. Uno de los exponentes más notorios de este recurso lo constituye *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig, en el que se pueden observar numerosos cuestionamientos a las rígidas dicotomías decimonónicas.

Para explicar la procedencia de dichos dualismos en la novela, es necesario contextualizarla en su época y presentar los razonamientos paradigmáticos imperantes en la sociedad de entonces. Cuando Puig publicó el libro en el año 1976, Argentina, debido a la dictadura militar, estaba sumida en un momento político conflictivo en el que el patriarcado formaba el orden social dominante,

entendido como una orientación tanto política como moral. En otras palabras, durante los años transcurridos entre 1969 y 1979, la violencia, el terrorismo, el arrebato ideológico y el conflicto socio-político eran las características principales de la sociedad argentina (DELLI-ZOTTI 49). Detrás de estas enumeraciones se escondían las auténticas causas del procedimiento que consistían, ante todo, en la recuperación y la imposición de las doctrinas tradicionales existentes ya en la formación de la sociedad burguesa; y en la detención de los movimientos que actuaban en contra del ideario cristiano y de las jerarquías sociales y genéricas. Al añadir a todo esto las inclinaciones de Perón hacia la orientación xenófoba y la hostilidad a lo distinto, no ha de extrañar que el sistema político de la Argentina de los años setenta tuviese que luchar contra varios enemigos de las identidades subversivas, dentro de los cuales destacan: traidores, antipatriotas, homosexuales y mujeres. Al enfocar los dos últimos grupos de sujetos inconformistas, se puede llegar a la conclusión de que el androcentrismo, que formaba el elemento constitutivo de la acción política, implicaba a la vez la lucha perpetua entre las construcciones genéricas no normativas y el aparato represivo dictatorial (DELLI-ZOTTI 56—57).

Sin embargo, no se puede olvidar del factor crítico que desmontaba el régimen de las políticas dominantes y las rehacía desde otro lugar y otro posicionamiento ofreciendo un cambio social emancipatorio y estableciendo un nuevo orden público. No cabe ninguna duda de que esta era la causa principal del florecimiento abrupto de la revolución sexual y de la revolución política, cuya finalidad consistía en reivindicar todos los espacios de lo social, es decir: de lo sexual, de lo cultural, de lo político y de lo artístico (PELLER 2). Todas estas prácticas han sido aprehendidas con una minuciosidad impecable en la novela de Puig. El autor, al mostrar la relación entre dos víctimas de la represión dictatorial, llama la atención a la condición de las minorías sexuales en la Argentina en los años setenta y demuestra la verosimilitud de la permeabilidad de las fronteras entre lo público y lo privado.

Aunque la estructura del libro es bastante peculiar, Puig en ninguna de sus obras anteriores ha logrado analizar el tema de la diferencia del individuo tan compleja y contundentemente (OVIEDO 351). Dicho en otros términos, gracias a los diálogos mantenidos entre los personajes del libro que comparten la misma celda en una prisión bonaerense, quienes leen el texto pueden observar su cambio interior a medida que avanza la trama. De esta forma, en el comienzo de la historia la convivencia entre Molina, un homosexual acusado de la corrupción de menores, y Valentín, un revolucionario marxista acusado por la difusión de la política de izquierdas, parece casi imposible, ya que ambos protagonistas discrepan bastante en cuanto a sus bases ideológicas y expectativas vitales. Sin embargo, a lo largo de la historia la relación entre los encarcelados experimenta un proceso de transformación para convertirse, finalmente, en una relación más afable con cambios notables en las personalidades de los

protagonistas¹. Lo que es más, esta alteración ofrece una combinación interesante de dos perspectivas que se manifiestan en la novela. Esto es, al tener en cuenta que Molina percibe su sexualidad “como un discurso, [...], que se enuncia dentro de otro que lo excluye, lo define, lo obliga a volverse invisible o desesperadamente escandaloso” (MUÑOZ 376), se puede deducir que del mismo modo Valentín percibe su actividad política; de esta manera, en el libro confluyen dos discursos reflejados tanto por la liberación sexual como por el pensamiento marxista. No cabe ninguna duda de que esta vinculación constituye un aspecto importante, puesto que demuestra que tanto Valentín como Molina sufren las trabas del discurso autoritario, que les impide expresarse desde su propia subjetividad política y sexual. Otra cuestión que debe considerarse es que, si los protagonistas de la novela entienden así su identidad, resulta obvio que los asuntos políticos se convierten en una cuestión personal, lo que justifica el carácter ilusorio de la dicotomía público-privado.

Al tratar el tema de los binarismos, hay que tener en cuenta que, junto con la oposición estricta entre lo público y lo privado, existen en el libro otras dicotomías que, a lo largo de la historia, van debilitándose hasta desaparecer por completo en el final. En este sentido, Mariela PELLER, por ejemplo, llama la atención sobre las construcciones binarias “sentimiento/razón, cuerpo/mente, deseo/deber” (3), a las que habría que agregar, no obstante, las dicotomías entre el sexo y el género, y entre la heterosexualidad y la homosexualidad. Como ya se había señalado antes, la debilidad de dichas parejas dicotómicas es directamente proporcional a la liberación por los protagonistas del libro de los paradigmas impuestos. Para dar ejemplo de este razonamiento, basta presentar el ideario político declarado con cierta firmeza por Valentín, quien mantiene que “yo no puedo vivir el momento, porque vivo en función de una lucha política, o bueno, actividad política digamos” y añade que “mientras dure la ducha, que durará tal vez toda mi vida, no me conviene cultivar los placeres de los sentidos, [...], porque son, de verdad, secundarios para mí” (PUIG 33). Dada esta enunciación, ya no cabe ninguna duda de que Valentín se autositúa en el lado de la razón, la mente, el deber y la política, rechazando al mismo tiempo las cuestiones relacionadas con los sentimientos y deseos. Para subrayar dicho aspecto conviene observar el siguiente diálogo que se entabla entre el revolucionario y Molina:

— Mis ideales, ...el marxismo, si querés que te defina con una palabra.
Y este placer lo puedo sentir en cualquier parte, acá mismo en esta celda,
y hasta en la tortura. Y ésa es mi fuerza.
— ¿Y tu mina?

¹ Merece la pena señalar que en los tiempos de la dictadura argentina, la convivencia entre los revolucionarios de izquierda y los homosexuales era poco frecuente y, según la opinión de Mariela Peller, este hecho le confiere a la novela un tono utópico (PELLER 2).

— Eso también tiene que ser secundario. Para ella también soy yo secundario. Porque también ella sabe qué es lo más importante.

34

Las características expuestas más arriba se corresponden con los, así llamados, “cuatro imperativos que definen la masculinidad” (BONINO 48). Según dichos imperativos —entendidos como resultados de las investigaciones psicoanalíticas—, la visión paradigmática de un “hombre verdadero” se reduce a las características siguientes:

1. Ausencia de rasgos que la cultura les atribuye a los sujetos femeninos; por tanto, no se suele asociar a los hombres con características como pasividad, vulnerabilidad, emotividad y dulzura.
2. Aspiraciones de poseer poder, potencia y superioridad sobre los demás sujetos.
3. Supremacía de razón y objetividad.
4. Tendencias a “sacrificar lo propio con la ilusión de que algún día el varón se hará dueño de sí” (BONINO 48—49).

Dicha taxonomía remite de modo evidente al ideario proclamado por Valentín, quien cumple fielmente con todas las normas expuestas más arriba. Estos ideales tan fuertes y rígidos chocan significativamente con la actitud y sensibilidad representadas por Molina, quien se posiciona más bien en el lado pasivo de la actividad política y se opone a la visión estereotipada de la masculinidad de la sociedad occidental. Las características expuestas quedan patentes en la siguiente conversación entre los encarcelados:

- Pero no seas así, sos demasiado sensible...
- Qué le vas a hacer, soy así, muy sentimental.
- Demasiado. Eso es cosa...
- ¿Por qué te callás?
- Nada.
- Decílo, yo sé lo que ibas a decir, Valentín.
- No seas sonso.
- Decílo, que soy como una mujer ibas a decir.
- Sí.
- ¿Y qué tiene de malo ser blando como una mujer? ¿Por qué un hombre o lo que sea, un perro, un puto, no puede ser sensible si se le antoja?

34—35

Las inclinaciones de Molina a identificarse con la imagen estereotipada de los sujetos femeninos no se limitan al mero empleo de rasgos como el sentimentalismo o la delicadeza. Molina anhela justificar a su compañero de celda que la femineidad constituye la base de su aparato psico-sexual y, en consecuencia, se autodenomina “una mujer”. Este afeminamiento resulta visible especialmente en las relaciones con otros hombres, en las que Molina acostumbra a utilizar el género gramatical femenino. Por ejemplo, al referirse a un compañero suyo al

que echa de menos confiesa que “cuando hablo de él yo no puedo hablar como hombre, porque no me siento hombre” (69).

No cabe duda de que las operaciones lingüísticas representan perfectamente el ejemplo de una ruptura con los binarismos sexuales y la reestructuración de lo femenino y lo masculino. El objetivo de dicha reestructuración consiste en lanzar una llamada crítica a dos factores que rigen las normas de la subjetividad, esto es: la diferencia sexual y a la estandarización performativa (PRECIADO 18—19).

Según Judith BUTLER, el discurso sobre la diferencia sexual está vinculado con la idea del género, entendido como un concepto social y culturalmente construido. Sin embargo, hay que admitir que la noción de dicho concepto resultaría algo más compleja, ya que, como demuestra la filósofa estadounidense: “El género es el mecanismo a través del cual se producen y se naturalizan las nociones de lo masculino y lo femenino, pero [...] bien podría ser el aparato a través del cual dichos términos se deconstruyen y desnaturalizan” (70). Butler reconoce al mismo tiempo que una de las consecuencias de este entendimiento es la ineficacia de los binarismos genéricos, y postula una alternativa que consiste en multiplicar los géneros (71). Como consecuencia de este razonamiento surge la posibilidad de la ampliación del campo semántico del vocablo ‘género’, lo que impide a los cuerpos –analizados como sujetos sexuales y políticos– reducirse a la diferencia sexual.

Obviamente, esta aclaración subraya lo ilusorio tanto de la identidad (sexual) como de los binarismos sexuales. Por lo tanto, no ha de parecer extraña la declaración de Molina, quien asume que: “Soy otra persona que no es ni hombre ni mujer” (PUIG 237). Se observa aquí la antedicha multiplicidad de géneros que –al menos en teoría– no se desvía tan excesivamente de los paradigmas políticos y abre la puerta al surgimiento de nuevos sujetos psico-sexuales. Consecuentemente, bien podría asumirse que Molina no constituye ningún caso de anomalía ni patología y, lo que es más, su relación con Valentín no tiene que depender de las limitaciones que provoca la diferencia sexual.

Dada esta explicación, la relación entre Valentín y Molina ya no puede ser analizada como una relación típicamente heterosexual², en la que se observa la explotación de lo dominante por lo dominador. Esta imposibilidad se hace más visible al final de la novela, cuando Molina adquiere la conciencia política y se convierte en un revolucionario; y cuando Valentín acepta su vulnerabilidad psíquica y física, y demuestra las inclinaciones homosexuales hacia su compañero de celda.

Resulta curioso añadir que el mismo autor de la novela asume el carácter utópico de la diferencia sexual presentada en la primera parte de la trama, y, al desarrollar esta cuestión, explica que:

² Este razonamiento es la consecuencia de una lectura muy radical de la obra de Foucault, ofrecida por Monique Wittig, que interpreta la heterosexualidad como un régimen socio-político. Véase: WITTIG.

En aquella celda hay sólo dos hombres, pero es sólo en la superficie. En realidad hay dos hombres y dos mujeres. Estoy de acuerdo con Theodor Roszak cuando dice que la mujer más desesperadamente necesitada de liberación es la mujer que cada hombre tiene encerrada en las mazmorras de su propia psiquis.

LEVINE 242

La cita demuestra perfectamente la resistencia de Puig a politizar su propia diferencia sexual e interpretarla como una identidad psico-sexual y política. Como bien es sabido, a través del acto de la sublimación, el autor trata de forma muy compleja este problema en la novela analizada.

No obstante, hay que tener en cuenta que la mayoría de las identidades e identificaciones aspira a ser social y políticamente reconocida. Uno de los instrumentos a través de los cuales se efectúa dicho reconocimiento es la performatividad de los géneros, que forma el tema central en las investigaciones de Judith BUTLER. La filósofa mantiene que cada género es performativo, es decir, que cada género “constituye una identidad que se supone que es”. Butler desarrolla esta cuestión y añade que “en este sentido, el género siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción” (58). Dicho en otros términos, la performatividad forma esta parte del discurso que asume la responsabilidad por producir lo que previamente ha nombrado y, consecuentemente, permite la instalación de distintas ontologías.

Como se ha señalado más arriba, la performatividad se conecta de manera bastante directa con el reconocimiento que otorga a los sujetos la posibilidad de obtener conciencia de sí mismos. Lo que es más, tanto la performatividad como el reconocimiento se expresan mediante fórmulas plenamente discursivas, cuyo núcleo consiste en el mero hecho de nombrarse y ser nombrado. Este problema se puede observar en los trabajos de Louis Althusser, quien subrayó con bastante frecuencia la importancia de las acciones de nombramiento, ya que a través de ellas los sujetos son capaces de constituirse y de llevarse a la existencia. No obstante, hay que tener en cuenta que tanto el llamar como el nombrar no dependen exclusivamente de los sujetos mismos, sino que se realizan también durante la experiencia y la relación con el Otro. Dicho de otra forma, los sujetos se reconocen a sí mismos y forman su subjetividad a través de las interacciones con otros sujetos (ALTHUSSER 22—24).

Según esta ideología, se puede deducir que en el caso del *Beso* también se aprecia un proceso parecido, por el que los individuos concretos se convierten en sujetos. Uno de los ejemplos que reflejan este concepto se puede observar cuando Molina nombra a Valentín usando el género gramatical femenino (“niña Valentina”), a lo que éste se resiste y contesta: “Y no me llames Valentina, que no soy mujer” (PUIG 44). Aunque a primera vista puede parecer que Valentín es plenamente consciente de su identidad y no necesita confirmar su existencia a través del llamado del Otro, al avanzar la trama, quienes leen el

texto consiguen percatarse de que esta actitud de Valentín es aparente e ilusoria. Obviamente, esta condición se entrelaza con la transformación interior de Valentín; y, en consecuencia, en las secuencias finales del libro, se aprecia que él también necesita la afirmación de su compañero sobre su propia subjetividad (PELLER 11—12).

Sin embargo, el ejemplo más notorio de este tipo de reconocimiento se observa cuando Valentín nombra muy directamente a Molina, confesándole que: “Vos sos la mujer araña, que atrapa a los hombres en su tela”, y cuando este lo acepta y admite que: “¡Qué lindo! Eso sí me gusta!” (PUIG 65).

Este diálogo es primordial para toda la novela, ya que no solamente subraya la discursividad y la importancia del reconocimiento y de los actos performativos, sino que demuestra también la conciencia de los protagonistas sobre su propia identidad. El hecho de que Valentín admita el temperamento seductor de Molina será incluso más valioso, por cuanto implica que el revolucionario marxista lo declara basándose en su propia experiencia. Consecuentemente, se manifiesta otra situación que constata la ineficacia de la rigidez de los binarismos sexuales cuando, por ejemplo, Valentín deja de representar la visión estereotipada del macho heterosexual cuyas actuaciones se alejan de la vulnerabilidad y del sentimentalismo.

En cuanto al segundo encarcelado, hay que admitir que, a pesar de denominarlo directamente “mujer”, las connotaciones del vocablo “atrapar” aluden a calificaciones como acción, dinamismo, dominación; lo que supone cierto distanciamiento de la pasividad y la explotación representadas por Molina en las primeras partes del libro. Las características expuestas también aluden a la transformación interior de Molina, quien, al final, se convierte en un revolucionario con conciencia de sus actos y de su identidad. No obstante, hay que recordar que la revolución de este protagonista proviene de otras fuentes, que consisten en aceptar su orientación psico-sexual como una de las opciones posibles y no como una subversión o anomalía frente a la hegemonía del discurso heterosexual. Este hecho describe a los sujetos no heteronormativos como unos sujetos revolucionarios cuya rebelión constituye el punto central de numerosos tratados científicos. Los resultados de esta praxis resultan visibles en las notas a pie de página que aparecen a lo largo de toda la novela. Aunque todas las informaciones incluidas en dichas notas se refieren a la homosexualidad observada desde el punto médico y psicoanalítico, resulta claro que solamente el último comentario asocia muy directamente la homosexualidad con la revolución. Por mencionar un ejemplo, basta con citar las palabras de la doctora danesa Anneli Taube, que vincula la homosexualidad con el “incorformismo revolucionario” y observa en esta actitud los orígenes de los movimientos de liberación sexual y de clases (PUIG 210—211).

En definitiva, todas las informaciones expuestas más arriba demuestran que el proceso atravesado por los protagonistas del libro los ha liberado de sus pro-

pías prisiones, en las que ambos se encontraban por causa de los convencionalismos y esquemas socio-culturales. Por consiguiente, no es posible examinar sus comportamientos o condiciones psíquicas, basándose en una simple dialéctica público/privado. Esta resistencia permite deducir que, en realidad, la cuestión de las fronteras entre la mayoría de los binarismos forma un mito y señala su carácter utópico. Consecuentemente, y al basarse en el caso de la multiplicidad de las construcciones genéricas, *El beso de la mujer araña* crea una realidad alternativa en la que la variedad y la heterogeneidad de las subjetividades socio-políticas constituyen el único “imperativo” que hay que seguir.

Bibliografía

- ALTHUSSER, Luis, 1979: “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”. En: <<http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/m3/althusser.pdf>>. Fecha de la última consulta: 29 de marzo de 2013.
- BONINO, Luis, 1999: “Varones, género y salud mental: deconstruyendo la ‘normalidad’ masculina”. En: *Nuevas masculinidades*. A. CARABÍ, M. SEGARRA (eds.). Barcelona, 41—64.
- BUTLER, Judith, 2010: *Deshacer el género*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica.
- DELLI-ZOTTI, Guillermo Mira, 2009: “Genealogía de la violencia en la Argentina de los años 70”. *HAOL*, nº 20 (Otoño).
- LEVINE, Suzanne Jill, 2002: *Manuel Puig y la mujer araña*. Barcelona, Editorial Seix Barral, S.A.
- MUÑOZ, Elias Miguel, 1987: “El discurso utópico de la sexualidad en *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig”. *Pliegos de ensayo*, vol. 21.
- OVIDO, Jose Miguel, 2010: *Historia de la literatura hispanoamericana*. 4: *De Borges al presente*. Madrid, Alianza Editorial.
- PELLER, Mariela, 2009: “Los cuerpos mártires. Subjetividad, sexualidad y revolución en *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig”. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 22. Publicación Electrónica de la Universidad Complutense. <<http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0909240393A/26194>>. Fecha de la última consulta: 29 de marzo de 2013.
- PRECIADO, Beatriz, 2002: *Manifiesto contra-sexual*. Madrid, Opera Prima.
- PUIG, Manuel, 1985: *El beso de la mujer araña*. Barcelona, Editorial Seix Barral, S.A.
- WITTIG, Monique, 2006: *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid, EGALES.

Síntesis curricular

Katarzyna Soboniak es estudiante del Doctorado en el Departamento de Hispánicas de la Universidad de Silesia. Sus investigaciones se centran en la obra de los escritores y las escritoras hispanoamericanos/as examinada desde una perspectiva teórica feminista.